
RODRÍGUEZ VEGA, David (ed.): *Palabras de Ortega en Chile*. Santiago: Congreso Nacional de Chile / Embajada de España, 2005. 75 p.

JOSÉ LUIS MORA GARCÍA
ORCID: 0000-0002-3166-8113

Con el deseo de contribuir a las efemérides del quincuagésimo aniversario de la muerte de Ortega, el historiador David Rodríguez Vega tomó la responsabilidad de editar este sencillo y elegante testimonio de la presencia de Ortega en Santiago de Chile, a finales de 1928 y durante algo menos de un mes. En ese tiempo pronunció tres conferencias, tuvo una intervención ante la Cámara de Diputados del Congreso Nacional y mantuvo contactos personales con periodistas y personalidades del mundo de la cultura.

El libro está prologado con esmero por el profesor Jorge Acevedo Guerra, quien lejos de quedarse solo en el compromiso nos ofrece una lúcida y transparente visión de lo que significó la presencia de José Ortega y Gasset a uno y otro lado de los Andes. Completa así, desde Chile, los estudios realizados en los últimos años sobre la presencia de Ortega en el cono sur americano y, más concretamente, en Argentina tan interesantes para comprender a Ortega desde España en la distancia larga pero, no menos, para entender su visión de los

países visitados y las reacciones que su labor provocó en ellos, en la corta distancia.

Viajero desde Argentina, en su segundo viaje en la primavera y el verano sudamericanos de 1928, que los dedicó a su concepción sobre la ciencia y de la filosofía que continuaría en su vuelta a España, aprovechando la invitación de la universidad chilena y la Sociedad Cultural Española y con el empeño del embajador Méndez de Vigo, José Ortega, de precaria salud, parece tomarse un respiro en Chile. Ello nos permite encontrarnos amablemente con el hombre que opina sobre los países que le acogen y sobre las cuestiones que le plantean sin perder la sonrisa ni la amabilidad; al contrario, cuando responde distendidamente aparece esa veta que Ortega poseía para penetrar en lo sutil. No elude ni las comparaciones entre los países anfitriones ni de éstos con Europa o con la propia España y lo hace con finura para no herir: No deja de reflexionar sobre el peso de las tradiciones y el lastre que pueden suponer en los proyectos de futuro; ni siquiera pasa la ocasión para dejar su juicio sobre el reformismo moderno o sobre la inconveniencia de trasladar los modelos educativos de un lugar a otro sin tener en cuenta el peso que para la educación tiene la atmósfera que rodea a la escuela.

Cómo citar este artículo:

Mora García, J. L. (2007). Noticias de libros. Reseña de "Palabras de Ortega en Chile". *Revista de Estudios Orteguianos*, (14/15), 311-312.
<https://doi.org/10.63487/reo.605>

Revista de
Estudios Orteguianos
N° 14/15. 2007
mayo y noviembre



De los textos recogidos en el libro, ya que no lo están los de las conferencias, el más terminado, escrito por el propio Ortega, es el que recoge su intervención ante los diputados chilenos.

En estas palabras, nuestro filósofo repasó algunas de sus ideas más queridas. Tras una referencia a su misión como intelectual y a la conveniencia de que no dejaran de mirar hacia la España para la que no pedía “ni ternura hacia el pasado ni benevolencia para el presente; pido solo atención y ojo alerta hacia su próximo porvenir”, Ortega expuso su idea de la vida como la tensión entre la circunstancia y el afán, es decir, como un entrenamiento, una “ascesis” permanente que nos empuja a crear. Y esta idea sería válida tanto para la vida individual como para la vida de los pueblos. Por eso terminó exhortando a los diputados a cultivarla.

Porque Ortega quiso transmitir a los diputados chilenos, aquel 4 de diciembre de 1928, la necesidad de hacer una política de nuevas ideas, “nada abstractas”, pues abstractas lo habrían sido las de la modernidad, sino aquellas que rijan los destinos “particulares” de los pueblos. Para ello, les hizo ver que “es necesario que vosotros extraigáis con propia intuición del destino singularísimo de vuestro pueblo el perfil de vuestra futura constitución”. Y les formuló una petición: que favorecieran el cultivo de la vida intelectual frente al centro político. Lo que Ortega denominó “epicentro de serena vida intelectual”, capaz de generar “una minoría ejemplar, la cual en todo instante pueda servir de indicadora, alentadora y correctora”. No desa-

proveyó, pues, la ocasión de hacer el elogio del intelectual. Terminaba sus palabras por donde las había comenzado, hablando del papel del intelectual pero quitando ahora el nombre y los apellidos.

El libro se cierra con las impresiones que, ya de regreso a Argentina y en el periódico *La Nación*, dejaron en Ortega este viaje en tren hacia el Oeste y que sintetizó en dos: su aprecio por la forma de ser de los chilenos y en formular una profecía según la cual “una nueva generación intelectual puede ejercer un influjo más decisivo sobre el resto del país”. Hemos de decir que cumplida en buena parte.

Así pues, tiene entre las manos el lector un libro amable, bien editado, de lectura agradable sin renunciar al fondo de las cosas y en el que trasluce el ánimo del personaje a la altura de los finales de la dictadura de Primo de Rivera y tras algunos meses de su segundo viaje a Argentina, no tan clamoroso como lo había sido el realizado doce años antes. Era la Argentina del segundo mandato de Hipólito Irigoyen, poco antes de la turbulenta década de los años treinta pero, también, poco antes de lo que al propio Ortega le esperaba en su regreso a España, incluida la separación de la cátedra. En ese intermedio Chile le supo a oasis, allí donde la dulzura de la gente tiene que ver más bien con el aprendizaje de “modos de vivir y modos de reaccionar espiritualmente ante la vida” que con la simple enseñanza profesoral. De ahí lo atinado del título. Pongamos el acento en la importancia de las palabras.